



Conspiración en el mercado

Cósimo Mandrillo



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

COLECCIÓN CONTINENTES

Conspiración en el mercado

Cósimo Mandrillo

Conspiración en el mercado



1.^a edición, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2021

Conspiración en el mercado

© Cósimo Mandrillo

DIAGRAMACIÓN:

Odalis Vargas

IMAGEN DE PORTADA:

Javier Veliz

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2021

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22,
urbanización El Silencio, municipio Libertador,
Apartado Postal 1040, Caracas, Venezuela

Teléfono: (+0058 212) 485.0444

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL N.º DC2021001215

ISBN 978-980-01-2227-3

I

Taluha

Sin abrir los ojos ni despegar la cabeza del chinchorro donde ha pasado la noche, a Taluha lo invade el voraz resplandor del mar que ruge no lejos de la enramada.

Oye, además, la voz áspera de su tío Isho:

—Arriba, Taluha, hay que llevar los chivos a pastar.

—Voy —responde con un grito parecido al de su *d'laülaa*, pero con la voz aún gangosa por el sueño.

—Apúrate, es tarde y el sol está fuerte. Llévalos lejos, donde encuentres buen pasto.

—Está bien, ya voy, ya voy —responde sin convicción y con los párpados pesados por el sueño.

—Pero no vayas lejos para no tropezar con los traficantes —sigue hablando el tío Isho, convencido de que Taluha se ha levantado del chinchorro y se prepara para la jornada de trabajo.

Pero Taluha, aún tendido largo a largo, hunde de nuevo la cabeza en lo profundo del chinchorro y sonrío para sí. «Este tío mío —piensa divertido— está obsesionado con los

traficantes». Su *a'laülaa* ignora las veces que ha visto a los tan temidos contrabandistas rodando en sus camiones a una velocidad que transforma el horizonte en una inmensa nube de arena.

Difícil creer que se desplacen a tanta velocidad, pues no hay carreteras sino *wopu* de arena, trochas llenas de baches donde los vehículos se mueven como bailarinas en un espejismo.

—Cuando saques el rebaño deja en el corral la oveja marrón, la de la pata rota —oye decir a su tío—, no hay más remedio que sacrificar a ese animal. Salaremos la mitad de la carne porque es muy grande.

—¿Y el corderito? —pregunta Taluha.

—Tiene tres meses, ya puede defenderse solo. —Responde Isho y se desentiende de todo el asunto. Pero da dos pasos y voltea de nuevo hacia Taluha. Con el machete en la mano como si fuese una extensión de su brazo, señala al muchacho y repite—: Cuidado con los traficantes, no te confíes.

Taluha baja la cabeza y con la mirada en el suelo sonrío nuevamente por la manía de su tío con los traficantes. No termina de hablar de ellos. Le explica una y otra vez que cruzan la frontera desde Colombia hacia Maracaibo cargados con toda clase de mercancías. Le habla de cómo evitan las carreteras principales y usan sus propios *wopu* por playas, montes y sabanas; que tienen cómplices y enemigos, y con frecuencia se baten a tiro limpio. Gente dispuesta a todo, los llama Isho.

Taluha no puede evitar sentirse atraído por esos viajeros de los camiones. La de ellos le parece una vida repleta de aventura y movimiento. Ambas cosas faltan en su propia existencia, tan quieta y sin sorpresas. No pretende criar chivos por el resto de su vida como su *a'laülaa* Isho; tampoco quiere ser un pescador más, expuesto cotidianamente a la furia del mar Caribe.

A lo lejos, hacia la playa, le parece divisar la sombra de un vehículo. Lo mira con curiosidad, pero recuerda otra vez las advertencias de su tío y decide no prestar atención.

Se dirige, en cambio, al corral de los chivos y apenas abre la puerta los animales fluyen incontenibles como un gigantesco chorro de agua, se atropellan, se empujan, balan, se encabritan.

«¡Ueeh! ¡Ueeh!», les grita Taluha para tranquilizarlos, pero no se empeña mucho; sabe que los animales se aquietarán, atentos a los hierbajos dispersos a su paso, en cuanto se alejen del corral y no haya riesgo de que los encierren de nuevo.

El muchacho lleva en la mano su bastón de pastoreo. Un garrote de unos ochenta centímetros de largo tallado para él por su *a'laülaa*. Si lo agita en el aire, chivos y ovejas se ponen de inmediato en movimiento. Cuando levanta la vara y grita con todas sus fuerzas «¡Ueeeh!», los animales se encaminan dóciles en la dirección que el bastón indica.

Taluha los guía siempre hacia la playa. El tío le ordena cambiar los sitios de pastoreo y él obedece, pero elige siempre lugares cercanos al mar. Lejos de la orilla encontraría mejores pastos, menos expuestos al salitre y al viento, pero los animales —piensa él— podrán comer de esas hierbas cuando sea Isho quien los lleve a pastar. A él le gusta tener el agua a la vista y no alejarse tanto del camino de los traficantes. No quiere perderse el paso de los camiones, acostumbrado como está a verlos en la lejanía.

II

Traficantes

Ese día no sería distinto para el joven *wayuu*. Apenas se había detenido el rebaño cuando vio a lo lejos la nube de polvo como un pequeño huracán. Aguzó la vista: tres camiones se desplazaban veloces y muy inclinados por el peso de la carga. Avanzaban alineados en la honda trilla marcada por el paso de muchos otros vehículos, y procuraban mantener la mínima distancia posible entre uno y otro.

Como le había sucedido otras veces al divisar los camiones, Taluha cayó de inmediato en una especie de delirio. Olvidado del rebaño, imaginó, sin saber bien qué era lo que imaginaba, los lugares de dónde venían y a dónde iban esos camiones; la felicidad que invadiría a sus pasajeros y la carga llena de sorpresas que acarrearían. Llevarían objetos que él solo conocía por referencia: televisores, computadoras, equipos de sonido, aires acondicionados, coches para bebés, arbolitos de navidad y centenares de cosas más. Transportarían también licor de oscura procedencia, muchísimo licor, como repetía su *a'laülaa* hasta el cansancio.

—Esa gente no es buena —remachaba Isho una y otra vez—. Quien se gane la vida envenenando a los demás con licor adulterado y drogas no puede ser buena persona.

Pero para Taluha no era este momento de prestar atención a los discursos de su tío. Quedó atrapado, en cambio, por la visión de tres muchachos que se mecían en la parte trasera del último vehículo. Viajaban sujetos a las barandas como bomberos que corren a apagar un incendio. Embelesado, permaneció inmóvil girando lentamente la cabeza como un autómatas hasta ver a los camiones desaparecer en el horizonte.

Se sentó sobre un montículo de arena ansioso por reconstruir mentalmente la escena: aquellos muchachos se mecían al ritmo de los baches del *wopu*. Subían y bajaban en el remolino de polvo como meciéndose en un columpio. El viento matutino había traído hasta donde él estaba las risas de los tres chicos, y, en la distancia, uno de ellos, levantando el brazo, había hecho una señal de adiós, un saludo dirigido al mismísimo Taluha. Después de eso, el joven *wayuu* no pudo apartar la vista de la caravana hasta que esta se convirtió en un lejano torbellino de tierra.

Cuando se convenció de que todo había sucedido como lo recordaba, se estremeció de pies a cabeza.

¡Lo habían visto! ¡No había duda: lo habían visto y lo habían saludado!

No durmió en toda la noche. Le preocupaba que Isho se enterara de su contacto, aunque lejano, con los traficantes, pero no había modo de olvidar a los tres pasajeros del camión. ¡Qué aventura! Vendrían de Colombia en un viaje de muchos kilómetros. ¡Cuántas cosas habrían visto! ¡Cuántas bromas! ¡Cuánta diversión a lo largo del viaje!

¿Por qué vivir entre chivos y ovejas si se puede pasar el día viajando en un camión, conociendo gente y divirtiéndose?

La certeza de estar perdiéndose lo mejor de su vida no le dejó conciliar el sueño.

Al amanecer ya estaba decidido: se encontraría, no sabía cómo, con esos muchachos. Los traficantes no podían ser tan malos como los pintaba su tío, si esos tres se veían tan felices.

Desde ese momento, ansioso como nunca, se apresuraba a obedecer a su *a'laülaa* cuando le ordenaba llevar los animales a pastar.

—Despacio —gritaba el tío, viéndolo correr a toda velocidad hacia los corrales—, ¿cuál es el apuro? Desayuna primero y después te vas.

Pero a Taluha le preocupaba poco el desayuno, lo único importante era no perderse el paso de los camiones, si acaso pasaban ese día.

Anunciando la llegada de la caravana, la nube de polvo apareció nuevamente en el horizonte después de dos interminables semanas. Para sorpresa de Taluha, nadie viajaba en la plataforma de los vehículos.

Pasaron muy cerca de donde él estaba y Taluha aguzó la vista para ubicar a los muchachos en el interior de los camiones. Alcanzó a distinguir a tres hombres en cada uno de ellos, pero no eran los que él buscaba. Estos pasajeros, fornidos y mal encarados, apenas cabían en la cabina. En la distancia, lo más notable en todos ellos eran los multicolores sombreros de paja tejida que usaban hundidos en la cabeza hasta casi ocultarles el rostro.

La ausencia de aquellos tres pasajeros le apagó la emoción que lo sacudía. Volvió la mirada hacia la casa donde vivía con sus parientes y por un momento se reconcilió con ese mundo que tantas veces había soñado con abandonar. Cegado por el resplandor del sol, entrevió a las mujeres de su casa que recogían ramas secas para encender el fogón. Se sintió centrado en La Guajira y unido a los *wayuu* como

nunca antes. Tuvo el impulso de recoger temprano el rebaño, regresar a la enramada y tumbarse en su chinchorro con los ojos cerrados solo para escuchar a su familia hablar el *wayunakii*, esa lengua de los suyos cuyo ritmo parece salido de la brisa marina que envuelve sin pausa a la península de La Guajira.

De repente, un grito agudo salido de los camiones lo sacó de su ensoñación y lo obligó a dirigir la mirada de nuevo hacia el horizonte. Desde el último vehículo, uno de los hombres hacía señas con el sombrero y lo llamaba a gritos. Taluha movió su mano derecha como quien pregunta ¿qué pasa?, pero no hizo intento de acercarse. El hombre insistió unos segundos y luego metió la cabeza dentro del vehículo. Un instante después, antes de desaparecer en los matorrales, el mismo hombre sacó el brazo y arrojó algo por la ventanilla.

De inmediato, Taluha olvidó su deseo de regresar a la rancharía para tenderse en el chinchorro. La fiebre de lo desconocido lo arrojó de nuevo como una enfermedad transmitida por los vehículos que ya no eran camiones, sino insectos infecciosos.

Cuando al fin desaparecieron, se acercó al sitio para buscar el misterioso paquete. Encontró una revista envuelta cuidadosamente en plástico y atiborrada de fotos: filas interminables de carros en competencia feroz con los peatones; imágenes nocturnas con infinitos haces de luz marcando la ruta de unos vehículos apenas visibles en el fondo brillante de la fotografía; fachadas de enormes edificios empinados hacia el cielo; calles llenas de viandantes asomados a vitrinas atiborradas de objetos curiosos.

No era la primera vez que Taluha veía fotos de ciudad. Con frecuencia encontraba esa clase de revistas en el Mercado de los Filúos, donde iba de tanto en tanto con Isho para comprar comida y gasolina. No le disgustó el regalo, pero, astuto como

era, entendió que no se trataba de una simple revista: era una invitación a la aventura.

Esa noche mintió hasta el cansancio para explicar de dónde había salido la revista. En su urgencia, no fue capaz de guardarla para verla luego, a la sombra de un cují, mientras cuidaba el rebaño. Sus familiares no parecieron muy convencidos de las explicaciones que dio, pero igual olvidaron rápidamente el asunto.

El tío Isho le dijo, como de pasada, que eran fotos de Maracaibo. Después toda la familia se recogió en los chinchorros de la enramada invadida esa noche por el brillo enorme y rojizo de la luna.

III

El *lapü* de Rusaria

Al amanecer, la tía Rusaria contó excitada lo que había soñado. En el *lapü* de Rusaria, su hermana Sermira emprendía viaje a un lugar sin nombre y terminaba por perderse. La desorientada Sermira preguntó muchas veces a los *wayuu* con quienes se cruzaba el nombre de tan extraño lugar. Nadie le daba respuesta pero todos la animaban a seguir el camino. En su angustia, si volvía la vista atrás, la senda desaparecía convertida en humo. Finalmente, cansada y temerosa de haberse perdido para siempre, Sermira entró a una casa llena de gente vestida de blanco. Apenas transpuso el portal de esa vivienda, desapareció del *lapü* de Rusaria.

El estupor y la curiosidad podían verse en el rostro de cada miembro de la familia. Sorprendidos por el relato, nadie se atrevía a decir palabra. Los sueños son importantes para los *wayuu* porque encierran las claves del futuro. Pero en esta ocasión, y a pesar del general deseo de expresar lo que pensaban del *lapü* de Rusaria, nadie se atrevió a abrir la boca. Finalmente habló el tío Isho.

Todos reconocían en Isho la sabiduría acumulada a lo largo de su vida, aunque no era propiamente un adivino.

—Ese *lapü* —dijo— no trata solo de Sermira sino de cualquiera de nosotros. Quizás sea hombre, quizás mujer. Los pies de ese alguien ya no están conformes con el suelo que pisan y quieren moverse lejos. Los *wayuu* que le indican el camino son en realidad *wanüliüü*, espíritus malignos que intentan desorientar al caminante. Sermira desaparece tras una puerta y eso es lo más fácil de comprender en el *lapü*, porque el que quiere irse terminará en un sitio desconocido, sin casa donde refugiarse, sin amigos, sin familia, solo y envuelto en una bruma, e impedido de ver el mundo al que pertenece. Así sucederá —concluyó, y se sumió en el silencio.

El *lapü* de Rusaria ocupó todas las conversaciones de ese día hasta el anochecer, cuando la familia completa se dispuso a dormir nuevamente.

Desde los chinchorros, colgados uno muy cerca del otro, se podía oír la respiración o los ronquidos de los que ya dormían. En su propio chinchorro, extendido cuan largo era, Taluha miraba brillar la luna en la bóveda estrellada de La Guajira. Volvió una y otra vez al *lapü* de Rusaria y a lo dicho por el tío Isho. Sospechaba que el discurso de su *a'laülaa* estaba dirigido a él y solo a él. No se le escapó la intensa mirada que le había dirigido mientras explicaba el sueño de la tía. No tendría nunca la certeza de si Isho estaba en realidad interpretando el sueño o le enviaba un mensaje directo para comunicarle que sabía bien lo que ocupaba su mente. Recordó de nuevo el episodio con los traficantes y la eterna nube de polvo. Con el pensamiento dividido entre esa nube y el sueño de Rusaria se fue quedando dormido.

IV

Partida

Al levantarse ya había olvidado el sueño de la tía, y su imaginación afebrada volvía una y otra vez a los camiones y al lugar al que se dirigían. Pasó jornadas enteras con un humor enfermizo, hasta el punto de preocupar a sus parientes. Después se deshizo del miedo y simultáneamente olvidó todos los consejos de Isho. Se acostumbró a sentarse al borde de la trocha a esperar la aparición de la polvareda con sus pasajeros, sus promesas y los pequeños y cada vez más frecuentes regalos. La caravana pasaba una vez a la semana y a Taluha se le hacían interminables los días de espera.

Los hombres le platicaban de Maracaibo, la ciudad inmensa, llena de gente, de carros, de edificios. Le hablaron de los muchachos que vio alguna vez colgados de los camiones. Ahora vivían allá, trabajaban y ganaban buen dinero; se divertían como reyes y les alcanzaba para ayudar a sus familias. Pero nunca le propusieron abiertamente llevarlo con ellos.

«Si esos muchachos pueden yo también —deliraba Taluha en su chinchorro—. Además, si logro enviar algún dinero

quizás Isho me perdone por haberme ido». Durante toda la noche el pensamiento se le enredaba como una culebra alrededor del cuerpo, apresándolo entre la indecisión y el deseo.

Los traficantes le ofrecieron por fin llevarlo a Maracaibo. Se encargarían de conseguirle trabajo, un lugar donde vivir y amigos con quien entretenerse. Le aconsejaron esperar al borde del *wopu*, listo para saltar a alguno de los camiones.

Taluha no se decidía. Estaba por dar un paso gigante. Significaba traicionar a sus parientes y todo lo que había aprendido desde su nacimiento. Significaba también abandonar sus responsabilidades y dejar al tío sin una ayuda que le era tan necesaria.

Pronto cumpliría catorce años y eso lo empujaba en dos direcciones opuestas: de un lado, reafirmaba su necesidad de estar con los suyos, de comprometerse con la economía familiar y ayudar a su tío Isho; de otro lado, creía llegada ya la edad de tomar sus propias decisiones y de explorar lo que hasta ahora era solo imaginación, sueños extraídos de las descripciones oídas a personas conocedoras de la ciudad, entre ellos los propios traficantes, por supuesto.

Los camiones pasaron tres veces más sin que Taluha se decidiera. El cuarto viaje lo encontró al borde del *wopu* con la vista puesta en el lugar por donde aparecerían los vehículos. Ese día se despertó muy temprano y, guardando sus pocas cosas en un bolso, se dirigió al encuentro con su destino.

Cuando lo vieron así parado y con el bolso en la mano, los contrabandistas comprendieron que tenían un pasajero. Redujeron la velocidad pero no se detuvieron. Taluha corrió para ponerse a la par de los camiones, lanzó su bolso por encima de las barandas y desapareció de La Guajira tragado por el polvo.

V

El viaje

Para llegar a la ciudad con la que tantas veces soñara fue necesario un viaje infinitamente más largo de lo que Taluha había imaginado. Se acomodó en la plataforma del camión rodeado de cajas, paquetes y bolsos de distintos tamaños y formas. Lo único en común entre aquellos bártulos era que ni remotamente se podía adivinar su contenido.

No viajaba solo. Sentado sobre una de las cajas, asido de las barandas para no golpearse por el bamboleo del camión, iba otro muchacho más o menos de su edad deseoso de entablar conversación.

—¿Vives en Maracaibo? —preguntó, y por la expresión de Taluha comprendió que su compañero de viaje no hablaba español. Repitió, pues, la pregunta en *wayuunaiki*.

—*Nnojo* —respondió Taluha, y guardó silencio, no muy ganado para entablar conversación con este extraño. Pasados unos minutos, sin embargo, y puesto que el otro no dejaba de mirarlo, le preguntó cómo se llamaba.

—Me llamo Pelopincho —respondió sin inmutarse y como agradecido por la pregunta.

Ante la evidente extrañeza de Taluha, Pelopincho aclaró que en su familia lo llamaban con ese apodo desde pequeño. Estaba tan acostumbrado que nunca intentó usar su nombre de pila. Del cuero cabelludo le nacía una alfombra de cabellos cortos y duros como clavos. Taluha bajó la cabeza para que el otro no viera la media sonrisa que le asomó a los labios. «Con solo mirarle el pelo se comprende el sobrenombre», pensó divertido.

Pelopincho venía de Colombia, y era de madre *wayuu* y padre *alijuna*, que son todas las personas cuya madre no es *wayuu*. Seguramente por eso Pelopincho, a diferencia de Taluha, hablaba castellano y *wayuunaiki* con igual maestría.

—Yo no conozco Maracaibo —dijo Taluha mirando fijamente a Pelopincho como buscando apoyo.

—Yo tampoco —respondió el otro—, pero mucha gente de mi pueblo está allá, voy a encontrarme con algunos.

—Mi *a'laülaa* Isho sí conoce Maracaibo —replicó Taluha sintiéndose un poco tonto.

—Es muy grande —dijo Pelopincho sin escucharlo—, con muchísima gente y carros de todos los modelos. Yo vengo de un pueblo aburrido y muy solo, así que me voy a divertir bastante en Maracaibo.

—¿Dejaste tu casa por aburrimiento? —preguntó Taluha, como si se hablara a sí mismo.

—Bueno, más o menos —replicó Pelopincho poniéndose serio—. La verdad es que somos muy pobres. Mi mamá hace lo que puede por criar a mis tres hermanos. Yo soy el mayor y me pareció una buena idea ir a trabajar en Maracaibo. Dicen que allá hay mucho dinero.

—Nosotros no somos pobres —respondió Taluha con poca vanidad—. Tenemos chivos, ovejos y tierra, y hasta una buena red para pescar. Nunca nos falta comida.

Pelopincho lo miró extrañado como quien pregunta, ¿y entonces?

—Yo sí me aburría —continuó Taluha avergonzado—, no quería seguir pastoreando animales; Maracaibo es más divertido.

—Ajá —dijo Pelopincho sin convicción y con cierta mofa, y se quedó callado.

Se acurrucaron de la mejor manera para protegerse del sol y en más de una ocasión estuvieron a punto de quedarse dormidos. Pero dormir en aquel camión, que se movía de un lado a otro como un animal herido, no era fácil; y si no se hubiesen sostenido con fuerza se habrían roto la cabeza contra las barandas de metal. Hacía un calor intolerable y las cabezas descubiertas parecían a punto de fundirse. La única forma de protegerse era encajarse en los pequeños espacios de sombra entre cajas y bultos.

En la cabina del camión nadie recordaba a los dos pasajeros. Sus ocupantes conversaban, reían y de tanto en tanto empinaban una inagotable garrafa de *chirinchi*.

Sin previo aviso, pasado un tiempo que el cansancio, el hambre y la sed, pero sobre todo, las ansias de llegar hicieron interminable, el camión entró finalmente a la gran ciudad.

VI

Maracaibo

El ambiente comenzó a agitarse al mismo ritmo que se internaban en las calles y avenidas de la ciudad. A Taluha le resultaba difícil creer que la gente pudiera vivir en semejante ajetreo y siempre rodeada de tantos vehículos. En Castillete solo se veían los camiones de los contrabandistas y los jeeps y carros armados de los militares que vigilan la frontera.

En Maracaibo, en cambio, parecía que los automotores nacían de la tierra. Si miraba hacia el horizonte, solo se veía una larga tira de asfalto tocada cada dos o tres cuadras por el amarillo, verde y rojo de los semáforos y el ritmo irregular y confuso de los viandantes.

Taluha intuía que el final del viaje estaba cada vez más cerca. De pie, e imprudentemente recostado a las barandas, se dispuso a no perder detalle de esta cosa monstruosa, desordenada y seductora que llamaban Maracaibo.

Se movían tan lentamente que los transeúntes se les adelantaban y desaparecían por esquinas y callejones. Inmensas carretillas cargadas de frutas y verduras dificultaban aún más el avance del camión.

Y entonces, al tiempo que doblaban por una esquina, Pelopincho, como si fuese el anunciador de una pelea de boxeo, le mostró una inmensa estructura formada por galpones. Tan grande era que parecían pequeños pueblos habitados por más gente de la que Taluha había visto en toda su vida.

—¡Tiene que ser el Mercado de las Pulgas! —gritó Pelopincho—. En mi pueblo todos hablaban de Las Pulgas.

Desde donde estaban era difícil ver la construcción, oculta por peatones, vendedores, carretillas y vehículos.

Taluha, de otro lado, no entendía la emoción de Pelopincho. Se concentró en el sitio donde se habían detenido. Alguien que pasaba les gritó que se llamaba Mercado de las Playitas. Desde donde estaban, divisaban a unos cientos de metros una explanada llena de grandes parasoles usados por los buhoneros para protegerse del calor y delimitar el área donde exponían su mercancía.

Era un lugar inmenso, pero, a pesar de su extensión, Las Playitas no se comparaba ni remotamente con el verdadero monstruo que tenía al lado: el Mercado de las Pulgas, tan entusiastamente señalado por Pelopincho.

Visto desde la gran avenida que le pasa por el frente, Las Pulgas no es sino una hilera interminable de comercios que ocupan lo que una vez fue acera, todo repleto de ropa, licores, televisores, juguetes, zapatos, perfumes y mil cosas más. Pero si se aguza la mirada se descubre, al fondo de esos comercios, una construcción de techos muy altos cuya extensión se pierde en el horizonte. Taluha pudo ver pasillos interminablemente largos pero tan estrechos que dos personas, al cruzarse, no tenían más remedio que aplastarse contra los puestos de venta para hacerse espacio y poder seguir su camino. Esos pasillos hervían de gente y de mercancías. Moverse allí era poco menos que un milagro.

El vehículo se detuvo y de él bajaron, finalmente, los tres que viajaban en la cabina. Distraído por tanta agitación a su alrededor, Taluha solo se enteró de la llegada cuando sintió un fuerte sacudón en el brazo. El conductor le hablaba de Taluha a un hombre bajo y de cuello extremadamente corto quien, para sorpresa del muchacho, hablaba *wayuunaiki*. «Me llamo Nemesio —dijo— y te vas a quedar conmigo, aquí vas a trabajar». Mientras le hablaba, se despidió de los traficantes con un gesto de complicidad.

En el mismo momento, Pelopincho se alejaba acompañado también de un desconocido.

Por primera vez, Taluha ingresó al laberinto de pasillos del Mercado de las Pulgas. Comprendió rápidamente que allí se mezclaban no solo toda clase de artefactos, sino también todo tipo de gente. Resultó más grande de lo que había pensado. Con una sola mirada, mientras seguía a Nemesio, absorbió una imagen del interior del mercado como quien sorbe un refresco con pitillo.

Olvidando el sucio y el desorden, Taluha se concentró en la gente: en los vendedores de electrónicos que guardan sus propiedades con un celo canino; en los carretilleros, capaces de transportar con sus carretillas gigantescos muebles y artefactos que se mueven en un precario equilibrio y parecen siempre a punto de caer; en las mujeres empleadas de las decenas de puestos de comida, de donde emana un fuerte olor a fritura que invade todo el ambiente.

Su mayor sorpresa fue, sin embargo, la cantidad de niños que se movían por todos los rincones del mercado. Los más pequeños acompañaban a sus madres, otros transportaban mercancías, y algunos, los más grandes, no parecían tener más oficio que el de estar alerta.

La voz de Nemesio detuvo sus pensamientos:

—Aquí vas a vivir —dijo, señalando con una mano todo el mercado— y aquí vas a dormir. —Y le mostró, a un sorprendido Taluha, un gigantesco cajón construido con láminas de metal y montado sobre ruedas. Los comerciantes suelen usar esos cajones para guardar sus mercancías durante la noche. El interior de la minúscula habitación rodante, amoblada con algunos trapos viejos a modo de colchón, sería en lo sucesivo el dormitorio particular de Taluha.

«Mañana empiezas a trabajar», masculló Nemesio, y desapareció como fantasma por uno de los infinitos pasillos del lugar.

Sorprendido por su novísimo hospedaje y por la desaparición de Pelopincho, Taluha no tuvo ánimo para pensar en su situación. El cuerpo le reclamaba el largo viaje. La deshidratación y el hambre le causaban extrañas sensaciones en manos y pies. El agotamiento encerró su cerebro en una nebulosa donde danzaba el rostro de Isho y le hablaba, desde La Guajira, en un idioma incomprensible.

VII

Compañeros

De lo profundo de esa nebulosa lo sacó un fuerte sacudón. Entreabrió apenas los ojos y creyó ver tres figuras que lo miraban con curiosidad y lástima. Se incorporó cuidando de no golpearse la cabeza contra el techo de su cajón dormitorio y se frotó los ojos con fuerza. Eran, en efecto, tres niños, todos ellos de unos diez años.

En un tono ni amigable ni violento, uno de ellos le dirigió la palabra. Aturdido como estaba, Taluha dijo algo en *wayuunaiki*. Como respuesta solo recibió las risas entrecortadas y llenas de simpatía de los niños. Estaba claro que no se entendían.

Uno de los tres le alcanzó una bolsa de papel empapada de aceite. Con gestos y muecas lo animaron a abrir la bolsa y comer. Eran dos piezas de masa frita rellenas con algo indefinido, queso o papa, tal vez, y una remotísima sospecha de carne molida.

Aunque desagradado con el aspecto de lo que le ofrecían, Taluha no estaba para averiguaciones, engulló, pues, con placer

los dos bocadillos. Al pasar el tiempo averiguaría que eran una empanada y un pastelito.

Terminó de comer y los tres compinches, por señas, lo animaron a seguirlos. Taluha los acompañó, no sin temor, a través del inmenso y desolado mercado. Cruzaron corredores oscuros; doblaron curvas y esquinas capaces de desorientar al mejor de los exploradores. Jamás, reflexionó Taluha, podría regresar sin ayuda a su cajón. Arribaron, finalmente, a un amplio espacio donde estaban unos veinte muchachos.

La mayoría descansaban sobre cajas vacías, cartones extendidos en el suelo o, los más afortunados, en rústicos taburetes de madera y cuero de chivo. Otros fumaban cigarrillos imitando gestos y posturas de adultos. Tres o cuatro de ellos, reunidos en un sitio apartado, bebían de una botella algo que les arrugaba el gesto con cada trago.

Los acompañantes de Taluha lo guiaron hacia el grupo de los bebedores, que eran también los de más edad, y hablaron con el mayor de ellos. Como era de esperar, Taluha no comprendió una palabra de lo que decían. Pero, aun sin entender el castellano, advirtió que se trataba de un muchacho *wayuu* de unos dieciocho años, fornido y con una sonrisa agradable en los labios que de inmediato le dirigió la palabra en *wayunakii*.

—¿De dónde eres?

—De Castillete.

—¡Hum! Yo soy de más lejos, de Nazareth. ¿Cuándo llegaste?

—Ayer.

—¿Y quién te trajo?

—Los contrabandistas —respondió Taluha inflando el pecho con cierto orgullo, sin que él mismo supiera por qué.

—¡Huumm! —hizo de nuevo el otro con un intrigante gesto de misterio. Puso una mano sobre los hombros de Taluha, lo llevó a cierta distancia del grupo y le habló en voz baja.

—¿Por qué bajas la voz si no pueden entendernos? —preguntó un imprudente Taluha.

—Nunca pienses que no te entienden —respondió el otro—, aquí hasta las paredes oyen y entienden. ¿Con quién trabajas?

—Con Nemesio, uno muy gordo.

—Ajá, el que vende telas. Te pondrá de vigilante para que no le roben. Es un trabajo fácil, pero no se gana mucho. Yo puedo conseguir que ganes más con el propio Nemesio, pero no puedes andar haciendo muchas preguntas.

A Taluha le interesó la oferta.

—Claro que sí —dijo casi gritando y recordando su propósito de enviarle algo de lo que ganara a su tío Isho—, haré lo que sea para ganar más dinero.

—¿Lo que sea?

—Lo que sea —remató Taluha decidido, pero sin comprender para nada el misterio que invadía cada palabra de su interlocutor.

—Bueno, déjame hablar con Nemesio y decirle que eres de confianza —remató el otro.

Tenía dudas acerca de aquello de la confianza, pero no era momento de averiguar sino de empezar a hacer dinero. A eso había venido.

VIII

A trabajar

Transcurridos un par de meses desde su llegada, Taluha ya conocía todos los escondrijos del Mercado de las Pulgas y de su vecino Las Playitas. Aún le era difícil expresarse en castellano, pero cuando le hablaban comprendía lo necesario y un poco más. Se paseaba como por su casa por los pasillos de los vendedores de ropa; cruzaba sin titubear frente a locales abarrotados de colchones y lencería; y era capaz de llegar con los ojos cerrados a la gran avenida, donde se disponían los negocios repletos de electrónicos de los árabes. Allí escuchaba el repetido ronroneo de los trenes del metro que pasaban a bastante altura por encima de la avenida. Si cerraba los ojos, podía imaginar que era en el cielo y no en los rieles donde se arrastraba ese gusano gigantesco, que frotaba las nubes con sus patas de hierro.

Desde su llegada, Nemesio le encargó la vigilancia del negocio de telas. Debía estar muy atento a los ladrones. Su trabajo, bastante aburrido por cierto, consistía en pararse como distraído frente a la tienda y vigilar a los clientes interesados

en alguna clase de género. Al mismo tiempo, no debía perder de vista a los vendedores contratados por Nemesio, de quienes este desconfiaba de modo enfermizo.

No pasó mucho tiempo para que el patrón le encargara otras tareas. Al principio, le ordenó que fuese varios días a la semana hasta Las Playitas a llevar un misterioso envoltorio. Poco tiempo después, le pidió traer grandes fajos de dinero enviados por las mismas personas que recibían esos envoltorios. Sus días transcurrían en un permanente peregrinar entre ambos mercados.

Taluha creyó entender, ahora sí, aquel asunto de la confianza del que le hablaron antes.

Ir y venir de Las Playitas resultaba aterrador si no se tenía el entrenamiento que Taluha adquirió tan rápido. Debía cruzar una gran avenida y saltar una barrera de concreto que separaba los dos canales de circulación; todo mientras los carros pasaban rozándolo como si él fuera transparente y los conductores no lo vieran. Una vez salvada la barrera, en cualquiera de los dos sentidos, debía internarse en el sinfín de callejuelas y pasillos de ambos mercados que más parecían una gran ciudad autónoma inserta en el corazón de Maracaibo. Las Pulgas era cuatro, cinco, o tal vez seis veces más grande que Las Playitas, pero Taluha, con su instinto de pastor, era capaz de orientarse como un baqueano.

Con frecuencia, yendo o viniendo, vio policías que lo observaban con detenimiento. Taluha no le prestaba mucha atención, mas, casi sin proponérselo, apuraba el paso. Uno de esos días, cuando le llevaba a Nemesio el dinero de la encomienda, un policía le cerró el paso.

—¿Cuál es el apuro? —preguntó el policía escupiéndolo a un costado.

—Me espera el patrón —respondió Taluha con su aún imperfecto castellano.

—Ajá, ¿y qué llevas ahí? —insistió el policía.

—Una encomienda.

—A ver.

—No puedo, señor, el patrón no quiere que le muestre a nadie lo que llevo.

—Y qué me importa a mí tu patrón —dijo el uniformado, y con un gesto rápido intentó arrebatarse el envoltorio de las manos de Taluha. No contaba, sin embargo, con la velocidad del muchacho. Doblando un poco las rodillas, Taluha esquivó la mano del policía y, sin saber muy bien si hacía lo correcto, corrió hasta perderse en la maraña del mercado.

A llegar, le contó a Nemesio lo sucedido. Para su sorpresa, en vez de una felicitación recibió una amenaza.

—Sí se te pierde o te quitan algo del dinero que traes o de la encomienda que llevas tendrás que pagarlo con trabajo, y quizás hasta con sangre.

Taluha quedó asustado y confundido. Su rostro moreno adquirió un tono pálido y enfermizo. Sospechaba que había riesgos en su trabajo, pero no alcanzaba a descubrir ni la causa ni la magnitud de tales riesgos.

Nemesio no hablaba en broma, eso estaba claro. Había además algo oculto que no lograba desentrañar. El asunto no era el dinero, pues todo el mercado estaba lleno de grandes fajos de billetes que los vendedores exhibían sin rubor y sin miedo en sus negocios. «A menos —se dijo— que ese dinero no procediera de la venta de las mercancías expuestas a la vista de todos en el mercado».

El misterio estaba en el envoltorio que entregaba a cambio del dinero. Siguiendo las severas instrucciones de Nemesio, Taluha nunca intentó averiguar el contenido de esos paquetes cuidadosamente envueltos en varias capas de plástico resistente a la manipulación y a las miradas. Se hizo el propósito de hacerlo con el próximo envío. Sería fácil perforar

el paquete y dejar asomar por el pequeño orificio algo de su interior, lo suficiente para adivinar el contenido. El plan era fácil de llevar a cabo, pero recordó que tanto Nemesio como quienes recibían la encomienda la pesaban en esas balanzas que usan los joyeros, capaces de registrar hasta un gramo de diferencia.

Descartó la idea de perforar el pequeño bulto por temor a perder algo del contenido y caviló sobre otras vías para esclarecer el misterio.

«En los mercados todos se conocen y todo se sabe—pensó Taluha—. Alguno de mis amigos sabrá decirme de qué se trata todo esto». Y concluyó que debía reencontrarse con Pelopincho.

Desde su llegada de La Guajira había visto pocas veces a su compañero de viaje y habían hablado menos. Pero sabía dónde encontrarlo y hacia allá se dirigió.

IX

Un trabajo peligroso

Encontró a Pelopincho acompañado de otro adolescente al que llamaban Coquito. Coquito era de la misma edad de Pelopincho y llevaba mucho más tiempo viviendo en el mercado. Entre los dos podrían aclararle este oscuro asunto en el que estaba metido.

—¡Ah *wayuu* pa bobo! —exclamó Pelopincho en cuanto Taluha le hizo la pregunta—. ¿Así que después de meses de carretear paquetes de un lado a otro no sabes lo que llevas? Pues has tenido suerte, déjame decirte, si no a estas alturas estarías en la cárcel o en un sitio peor que la cárcel.

Taluha palideció como si escuchara de nuevo las amenazas de Nemesio. Nunca sospechó nada. Recordaba, eso sí, la incomodidad que sentía cuando se desplazaba entre uno y otro mercado con el fardo en las manos. Renacían en su memoria las medias sonrisas de algunos y los gestos de desaprobación de otros al transitar por los pasillos llenos de tarantines.

—Droga, *wayuu*, droga, eso es lo que llevas; y te lo vuelvo a decir: has tenido mucha suerte —insistía Pelopincho con tono burlón y sabelotodo.

—El mercado está lleno de droga —explicó Coquito en un tono más afectuoso y comprensivo—. Llega en los mismos camiones que te trajeron. Aquí se mueve de unas manos a otras hasta que la venden o la envían a otros países, donde la pagan muy bien. Tú eres lo que llaman una mula, bueno una mulita más bien. Las mulas son las personas que transportan la droga. La diferencia contigo es que tú no sabías lo que llevabas, por eso digo que no llegas a mula, sino a mulita, además de lo pequeño que eres.

Taluha escasamente oyó las últimas palabras de Coquito. Su memoria lo transportó de regreso a La Guajira. Allí estaba su tío Isho de nuevo advirtiéndole acerca de los traficantes y contrabandistas. La voz le llegaba apagada pero perfectamente comprensible, y el mensaje era siempre el mismo: «cuídate de ellos, no te acerques a los camiones, no te confíes, no les hables, no los mires».

Pelopincho le sacudió el hombro y lo regresó al mercado.

—Y te puedo decir que tienes tremendo problema, porque no puedes abandonar a Nemesio ni dejar de hacer lo que estás haciendo. Una vez adentro, no te puedes salir. Nadie va a creer que no sabías lo que transportabas. Los mafiosos pensarán que vas a denunciarlos y te matarían antes que permitirte.

—Y con la policía el asunto sería más o menos igual —añadió Coquito—. Si te agarran los honestos, no creerán una palabra acerca de tu inocencia y lo más seguro es que termines en la cárcel; si te agarran los otros, pensarán que aún tienes el dinero o la droga y harán lo imposible por quitártelos.

La cabeza de Taluha giraba como un remolino. No comprendía del todo su situación. Había caído en una trampa y no tenía la menor idea de cómo saldría de ella, si es que algún día lograba salir.

Todo iba, además, en contra de las enseñanzas de su familia. Su *a'laülaa* Isho le habló siempre del mérito del trabajo duro,

de conservar las tradiciones de su gente, de la honestidad que los buenos *wayuu* practican y aprecian como norma de convivencia. Por supuesto que le habló también de los *wayuu* que se fueron por el camino fácil del robo y el comercio ilegal.

Taluha concluyó que cuando Isho le hablaba todo le resultaba lejano y difuso como una nebulosa; y, aunque escuchaba con atención a su tío, el mensaje le resultaba difícil de digerir. Ahora el asunto era aterradoramente concreto y se veía atrapado en una maraña sin aparente escapatoria.

X

El peligro siempre acecha

Por consejo de sus amigos, Taluha no dijo una palabra de lo que había descubierto y se cuidó de no enterar a Nemesio. Con tiempo suficiente, pensó, tarde o temprano encontraría una manera de salir del atolladero. Seguía llevando los misteriosos paquetes, ya no tan misteriosos, dondequiera que Nemesio le ordenase, aunque ya no le resultaba ni fácil ni placentero cumplir con su trabajo. No había cambios en el mercado: los mismos vendedores de siempre, los mismos policías rondando, los carretilleros, los mandaderos, los cuidadores. En realidad, el único cambio estaba en su mente. Ahora conocía con exactitud la naturaleza de la encomienda y ese descubrimiento afectaba todo el entorno. El mercado ya no era el laberinto de pasillos por donde se desplazaba tan seguro como un gato en la noche. En su imaginación, esos pasillos estaban ahora saturados de ojos que seguían sus movimientos desde todos los rincones. Los compradores ya no observaban tranquilamente las mercancías en los puestos de venta, sino que se empeñaban en seguirlo con sigilo, como si buscaran el mejor momento para sorprenderlo. Los policías, eternos

merodeadores del mercado, ya no eran pocos y visibles solo de vez en cuando, sino una multitud asomada a la entrada o salida de cada corredor.

Taluha era pues un saco de nervios. Caminaba con el mayor de los disimulos, giraba constantemente la cabeza hacia los lados para asegurarse de no ser seguido y cambiaba de ruta con frecuencia. Ponía, en fin, todo su empeño en pasar desapercibido.

Y cuando ya creía haber alcanzado la discreción absoluta, todo se precipitó.

Dicen que nada pasa tan inadvertido como lo que ocurre en medio de mucha gente. Así sucedió con Taluha. Llevando otro de los paquetes de Nemesio, y tratando de ocultarlo lo mejor posible con su cuerpo, caminaba por un pasillo abarrotado de compradores. Repentinamente, algo lo empujó con tanta fuerza que trastabilló y estuvo a punto de caer. Se dio vuelta lleno de rabia para enfrentar al responsable, pero se encontró con la mirada burlona de un hombre alto y fornido que sin mediar palabra lo empujaba más y más, con todo su peso, hacia la pared. Taluha calculó que si se zafaba podría evadirse corriendo por un costado. Si lo lograba, nadie sería capaz de alcanzarlo. Pero no tuvo ninguna oportunidad de poner en marcha su plan. Dos hombres más se unieron al primero para aprisionarlo contra el muro. El muchacho quedó tan oculto por los cuerpos de sus atacantes que ningún transeúnte pudo percibir y comprender lo que allí sucedía. A continuación, el más fornido de los tres le atenazó el cuello hasta casi asfixiarlo, otro le inmovilizó la mano izquierda y el tercero le arrebató limpiamente el paquete de la mano derecha. Un segundo después, los tres delincuentes se esfumaron en la muchedumbre.

Taluha se quedó un rato inmóvil contra la pared. Sin entender muy bien lo sucedido, miró a su alrededor con la

esperanza de encontrar el paquete. Le tomó un par de minutos más aceptar la desaparición del mismo. Como un centellazo le vino a la mente la amenaza de Nemesio y se preguntó si tendría sentido informarle del robo. A los ojos de su patrón, la culpa sería siempre suya y tendría la responsabilidad de pagar por lo perdido. No se trataba de centavos, eso también lo sabía. Conocía los grandes fajos de billetes que retiraba en cada entrega. Una cantidad para él imposible de reunir aunque trabajara para Nemesio el resto de su vida.

En un instante, los ladrones lo habían despojado del envoltorio con la droga, lo habían dejado sin patrón y sin trabajo, sin un lugar donde dormir y, peor aún, sin ninguna garantía para su seguridad o incluso su vida.

A pesar de todos sus temores, terminó por regresar donde Nemesio y le contó lo sucedido. La reacción no se hizo esperar: como si se hubiese abierto un poderosísimo chorro, Nemesio empezó a insultarlo; lo trató de *wayuu* estúpido, inútil, bueno para nada. En vez de disminuir, su agitación y su rabia iban en aumento y cuando por fin los gritos parecían cesar, Nemesio, frenético como estaba, se dispuso a golpearlo. Lo agarró del brazo y lo sacudió como si fuera un saco vacío. Estaba a punto de descargar un terrible puñetazo en la cara de Taluha cuando este logró zafarse y, corriendo tan rápido como pudo, desapareció en los vericuetos del mercado.

Pelopincho y Coquito lo encontraron horas después acullado en un rincón oscuro y sucio por donde pocos transitaban. Al oír los pasos, Taluha se puso en guardia y estuvo a punto de huir de nuevo a toda carrera.

—Tranquilo, Taluha, somos nosotros —le dijo Coquito casi gritando para evitar que su amigo desapareciera de nuevo.

—Me van a matar, me van a matar —repetía un aterrificado Taluha.

—Todos te están buscando. Están revisando el mercado pasillo por pasillo —intervino Pelopincho con su conocida falta de tacto.

Taluha se estremeció de miedo y se quedó callado, como si su suerte estuviese definitivamente sellada.

Coquito lanzó una mirada de reproche a Pelopincho y este se encogió de hombros.

—Hay que sacarte del mercado antes que te encuentren —habló de nuevo Coquito.

—No tengo adonde ir y me van a encontrar. Nemesio no se va a rendir y no permitirá que me escape. Yo no tengo culpa de nada. Me robaron, me robaron, ¿qué podía hacer?

Habría seguido durante horas quejándose, sin coordinar muy bien lo que decía y exteriorizando el terror que lo embargaba, pero Coquito y Pelopincho querían sacarlo de allí lo antes posible. Ciertamente, el lugar donde lo encontraron era de difícil acceso pero más temprano que tarde los hombres de Nemesio llegarían hasta allá.

—Hay que sacarte del mercado —insistió Coquito, al tiempo que interrogaba a Pelopincho con la mirada.

—Pelopincho asintió con un movimiento de cabeza como si eso le infundiera valor y decisión a Taluha.

—Hay que sacarte del mercado —repitió Coquito por tercera vez— y eso solo puede lograrlo Isabel María.

XI

Isabel María

Taluha conocía a Obdulio aunque no lo tratara con frecuencia. Lo veía esporádicamente empujando esas grandes carretas construidas con engranajes de camión y un volante de automóvil. La de Obdulio era enorme, y era así porque Obdulio era también extraordinariamente grande comparado con la mayoría de los *wayuu*.

Los padres de Obdulio abandonaron hace mucho La Guajira para instalarse en un barrio de Maracaibo, poblado casi exclusivamente por *wayuu* y colombianos que llegaban huyendo de la pobreza y la guerra que azotaba a su país.

Taluha conocía también a Isabel María, la madre de Obdulio. La veía regularmente sentada frente a un pequeño mesón donde vendía especias y yerbas curativas. Isabel María impresionaba por la quietud de su persona y la calma que reflejaba su rostro, como si el universo y el tiempo se hubieran detenido a un costado de su humilde mesón de buhonera. Viendo a Isabel María, Taluha recordaba a sus tías en La Guajira y concluía que ciertamente las mujeres *wayuu* son

diferentes de las *alijuna*, tal vez por eso parece que nunca tienen prisa.

Isabel María sobrepasaba en calma e inmovilidad a todas las *wayuu* que Taluha había conocido en su vida. No compartió, pues, la certeza de Coquito cuando dijo que solo ella podría ayudarlo a escapar con vida del mercado. No alcanzaba a entender cómo una mujer tan quieta y silenciosa pudiese ir en contra de los designios de verdaderos capos mafiosos como Nemesio y demás traficantes que hacían vida en el Mercado de las Pulgas.

Coquito y Pelopincho mantuvieron escondido durante horas a un Taluha todavía tembloroso y muerto de miedo. Le llevaron agua, comida y ropa. Con otra ropa sería más difícil reconocerlo a distancia, al menos eso esperaban. Cuando lo consideraron conveniente, cerca de las seis de la tarde, hundieron en la cabeza del muchacho un inmenso sombrero que le ocultaba por completo el rostro y lo guiaron por unos vericuetos casi vacíos a esa hora.

Isabel María era una mujer de una extraordinaria gordura, y eso la obligaba a permanecer sentada la mayor parte del día, pues levantarse le significaba un esfuerzo titánico. Cubierta con una amplísima manta guajira, estampada en vívidos colores, parecía una diosa mitológica presidiendo sobre el caos del mercado.

A pocos metros del ventorrillo de Isabel María, la suerte pareció abandonar a los tres muchachos. A causa del inmenso sombrero que llevaba puesto, Taluha apenas veía por donde caminaban, y sin embargo alcanzó a divisar a dos de los secuaces de Nemesio desplazándose en la misma dirección. Jaló con fuerza la camisa de Coquito y señaló con un movimiento de cabeza a los individuos. Sin un gesto de alarma o de sorpresa, Coquito se zafó de Taluha y corrió rápidamente hacia Isabel María. En medio de su espanto, Taluha no pudo

reprimir un sentimiento de rencor hacia el amigo que así lo traicionaba y abandonaba a su suerte.

Pelopincho, en cambio, se mantuvo a su lado y juntos llegaron hasta el puesto de venta de Isabel María, pocos segundos antes que lo hicieran los compinches de Nemesio.

La fornida Isabel María solía sentarse en un taburete gigantesco, hecho especialmente para su gran envergadura. De modo que apenas Taluha estuvo al alcance de Coquito, este, que no había huido, como pensara el muchacho, le arrancó de un manotazo el sombrero y, empujándole la cabeza hacia abajo, levantó apenas con la otra mano el ruedo del vestido de Isabel María y lo hizo desaparecer bajo el taburete cual si fuera un mago. Desde tan imprevisto escondite, inmóvil y mudo, Taluha escuchó el diálogo entre Isabel María y los agentes de Nemesio. Al mismo tiempo, le pedía de todo corazón a *Maleiwa* que al taburete de Isabel María no se le ocurriera romperse en ese instante.

Como si Pelopincho y Coquito no estuvieran allí, los dos hombres se dirigieron a Isabel María en *wayuunaiki*.

—Te enteraste de lo del muchacho que desapareció con un paquete, ¿verdad?

—Yo me entero de todo y no me entero de nada —respondió Isabel María con un imperceptible movimiento de labios y sin que se le alterara en lo más mínimo la expresión del rostro.

—Tiene que aparecer y responder por lo que se llevó —añadió el otro.

—No tengo nada que ver con eso —respondió Isabel María con cara de tumba—, no sé por qué vienen a contarme a mí esas cosas.

—Porque aquí no hay inocentes —habló de nuevo el primer hombre—, todos saben en el mercado que tú proteges a esos delincuentes.

—Los delincuentes son otros —replicó la mujer con voz firme—. Estos muchachos son víctimas en todo caso, pero ya dije que eso no tiene nada que ver conmigo y además yo solo me protejo a mí misma. Si ese muchacho que buscan está todavía en el mercado estará quien sabe dónde. Por aquí no lo busquen.

Los dos hombres se encogieron de hombros con expresión descreída.

—Tú nunca sabes nada, pero si llegas a enterarte de algo acerca de este *wayuu* no dejes de informarnos. Recuerda que muchos ojos te están mirando.

—Ujuumm —hizo una inalterable Isabel María.

Apenas desaparecieron los dos hombres al doblar una esquina, Isabel María se inclinó un poco hacia el costado y buscando con la mano debajo del taburete jaló por un brazo a Taluha que apareció pálido y sudoroso.

—Qué buen embrollo en el que estás metido —le dijo Isabel— por andar de pillito robando lo que no te pertenece.

No creía en realidad que Taluha hubiese robado nada, pero era una manera de incitarlo a contar su versión de lo ocurrido y Taluha lo hizo con lujo de detalles.

—Está bien, está bien —lo detuvo la mujer con el gesto de quien sabe el final de la historia—. Lo que te ha sucedido a ti le ha sucedido a muchos en este mercado. Ya no tienes nada que hacer aquí. Hay que sacarte cuanto antes de Maracaibo —sentenció.

XII

Fugitivos

«Sacarte de Maracaibo», había dicho Isabel María, y eso sonaba como una solución inmediata y definitiva al problema de Taluha. En realidad, el asunto estaba lejos de ser pan comido. Escapar del mercado era una empresa cuesta arriba. Se trataba, en definitiva, de evadirse de un territorio minuciosamente controlado por los mafiosos.

Nemesio y sus cómplices habían redoblado la vigilancia en ambos mercados. Pelopincho y Coquito se cruzaban a cada rato con grupos de hombres que disimulaban poco su oficio y se paseaban con aires de matón. Todos los conocían y todos les temían. Y, aunque a poca gente le caían en gracia, de saber algo de los fugitivos lo habrían informado para protegerse a sí mismos y ganar alguna consideración por parte de los malhechores. Taluha estaba acorralado y era solo cuestión de tiempo para que cayera en manos de Nemesio.

Para evitar que eso sucediera estaba Isabel María. Taluha comprendería, al fin, que aquella silenciosa *wayuu* era en verdad su única tabla de salvación, como lo había dicho Coquito.

El trabajo que Isabel María se había impuesto a sí misma equivalía a hacer milagros. Y es que ocultar gente en un mercado, donde todos se enteran hasta del suceso más insignificante, es un verdadero milagro.

La *wayuu* conocía decenas de historias como la de Taluha. Niños arrancados de La Guajira, de sus casas y de sus familias para llevarlos con falsas promesas hasta Maracaibo. Una vez allí, viven en condiciones terribles, obligados a cumplir cualquier orden que les den y a ponerse, con frecuencia, fuera de la ley.

Alrededor de Isabel María se tejían dos misterios: en primer lugar, pocos sabían que Obdulio no era su único hijo; y nadie entendía tampoco que la mujer no estuviese nunca en su puesto de venta los días sábados, el día de más compradores en el mercado.

La explicación de ambos misterios era sencilla, aunque desconocida para casi todos: Obdulio tenía un hermano mayor, llamado Eliecer, cumpliendo una larga condena de cárcel. Isabel no pudo arrancárselo de las manos a las mafias. No logró convencerlo de abandonar aquellos trabajos sospechosamente bien pagados que le llovían de todas partes. Eliecer se había enamorado del dinero que llegaba a sus manos con extraña facilidad; de la ropa de moda comprada sin esfuerzo; de las gruesas cadenas de oro exhibidas sin mucha galanura en el cuello y las muñecas. Pero todo terminó tan rápido como había empezado: en medio de una redada, la policía lo atrapó con un alijo de droga. Isabel María se esforzó para evitar que lo llevaran a la cárcel y a continuación movió cielo y tierra para salvarlo de una larga condena. Habló con jueces y abogados de la ingenuidad del muchacho; de su desconocimiento de la ciudad y de su juventud. Para empeorar el asunto, Eliecer acababa de cumplir dieciocho años. Por esa causa, fue juzgado como adulto y condenado a una pena que a Isabel María le pareció eterna.

Se prometió entonces que a Obdulio nunca le ocurriría lo mismo. Jamás lo perdía de vista y se cuidaba de tenerlo siempre alejado de los traficantes. Había declarado su propia guerra contra esas mafias y su arma más poderosa era arrebatárselos a cuantos niños pudiera, evitándoles caer en la tentación de lo fácil a la que se había precipitado Eliecer. Si no pudo salvar a su propio hijo, salvaría a esos hijos de nadie. Ella fungía, a lo largo de la semana, como la madre que no tenían. Pero no los sábados, día de visita en la cárcel donde Eliecer cumplía su condena. Ese día su amor se concentraba en el mayor de sus descendientes.

Los milagros de Isabel María sacaban del mercado a los muchachos en peligro, especialmente si eran *wayuu* y habían caído en desgracia con sus explotadores. Pero no hacía excepciones, cualquiera que la necesitase, *wayuu* o *alijuna*, era incluido de inmediato en su rebaño de ovejas arrebatadas a la delincuencia.

Lo más complicado era ocultar a los perseguidos en un lugar tan público. Para esa tarea, Isabel María no estaba sola, contaba, en cambio, con una red de colaboradores distribuidos por todo el mercado. Esos socios, como ella los llamaba, cumplían varias funciones: informaban acerca de los niños y las actividades de los mafiosos, aportaban alimentos y prestaban los lugares para esconderlos mientras llegaba la hora de sacarlos de allí definitivamente.

Estar bajo la protección de Isabel María era como entrar a un laberinto o resbalar continuamente por un tobogán. Los que iban a escapar del mercado, salvo algunas excepciones, no debían permanecer por más de veinticuatro horas en el mismo lugar. Esa estrategia obligaba a una constante búsqueda de nuevos escondites y al peligroso desplazamiento de un lugar a otro.

Lo mismo haría Taluha con vertiginosa frecuencia. Y sin embargo, a pesar de tantas mudanzas, en más de una oportunidad

estuvo a punto de ser sorprendido por los secuaces de Nemesio.

La tarea se complicaba porque Taluha no estaba solo en ese juego de escondites y mudanzas, pues Isabel María había acogido a otros tres fugitivos. A dos de ellos los trajo Obdulio, encargado por su madre del rescate de víctimas por el centro de la ciudad. Al otro, lo trajeron Pelopincho y Coquito en una operación de encubrimiento muy parecida a la que llevaron a cabo con Taluha.

Ramón, con sus dieciséis años, era un poco mayor que Taluha. Los otros dos, en cambio, eran bastante más jóvenes y no sabían bien su edad. Juvencio decía haber nacido cerca de Alitasía en La Guajira, pero recordaba poco de su casa. Por lo que contaba, se adivinaba que llevaba unos cinco años viviendo en el mercado. El asunto era mucho peor con Choricito, quien no podía siquiera identificarse con un nombre propio y, cuando le preguntaban cómo se llamaba, repetía el sobrenombre que alguien le había puesto, seguramente por su pequeña y esquelética humanidad. Taluha, Ramón, Juvencio y Choricito formaban un cuarteto inseparable obligado a moverse con absoluta discreción y sincronía.

No era fácil trasladarlos, pero dejarlos en el mismo sitio por un tiempo más largo comportaba un riesgo que Isabel María no tenía intenciones de correr.

Los traslados se hacían en las horas de más afluencia al mercado, cuando había que abrirse paso a codazos y era fácil pasar desapercibido en medio de la multitud; o en las horas de más vacío cuando se podía identificar desde lejos a cualquier fisgón capaz de reconocer a los fugitivos. Sin importar a qué hora se mudasen de un sitio a otro, la estrategia usada por el equipo de Isabel María era siempre la misma: cada muchacho usaba alguna prenda de vestir distinta de las anteriores: una camisa, una franela o un sombrero para confundir cualquier

mirada malintencionada. Una vez puestos en camino, Obdulio y Pelopincho avanzaban veinte metros adelante del grupo para avisar con tiempo si divisaban a algún secuaz de Nemesio. Unos veinte metros detrás cerraba la marcha Coquito con el mismo objetivo. Isabel María, por su parte, no se movía nunca de su mesa de especias y aguardaba, inmutable, la confirmación del traslado.

Los cuatro fugitivos fueron huéspedes de los sitios más insólitos. Pasaron temporadas en al menos tres depósitos de granos y cereales; allí se acostumbraron a la presencia de ratas confianzudas que les caminaban encima a la hora de dormir. Otra vez, permanecieron el día y la noche en la trastienda de una barbería, entre sillas viejas, bolsas llenas de pelo y una asfixiante falta de oxígeno. Pero la peor experiencia, si le preguntaban a Taluha, fue cuando se vieron obligados a meterse en una cava refrigerada llena de carne.

Sucedió que mientras se dirigían al sitio donde permanecerían las próximas horas, Obdulio descubrió a uno de los hombres más temidos de Nemesio. Dada la emergencia, Pelopincho convenció al dueño de una carnicería, amigo suyo, para que los ayudara. La cava donde guardaba la carne era el único refugio disponible y allí fue a dar el cuarteto de Taluha. El asunto tomaría solo un par minutos mientras se alejaba el matón y a los muchachos no les sería difícil soportar el intenso frío de la cava.

Choricito se resistía a entrar. Todo le daba miedo: el frío, las sombras proyectadas por las reses en canal pendientes del techo, el chorro de humo que salía del ventilador. Taluha le estrechó la mano al pequeño para tranquilizarlo y lo animó a entrar. Aferrado a su brazo, el niño se dejó llevar hasta aquella habitación fría y humeante mientras miraba, con ojos desconsolados, cómo la puerta se cerraba lentamente tras ellos.

Bien porque sospechaba algo, o simplemente porque no tenía prisa, el hombre de Nemesio se demoró más de lo esperado hablando con el carnicero.

Para los ocupantes de la cava cada segundo parecía una eternidad. Al principio, lo menos molesto fue el frío. A los cuatro les impactó, en cambio, el fuerte olor a carne y sangre vieja. Los invadió, además, una terrible claustrofobia tan pronto quedaron aislados del exterior. Después, poco a poco, el frío les entumeció el cuerpo y se les metió en los huesos. Sin proponérselo, empezaron a dar saltitos para calentarse; y cuando eso no funcionó se abrazaron apretadamente buscando compartir el calor de sus cuerpos. Pero en una cava donde la carne se guarda a temperaturas bajo cero nada de eso podía dar resultado. Tampoco había forma de escapar: la puerta solo podía abrirse desde fuera.

Aterrorizado y medio congelado, Choricito arrancó a llorar gritando que lo sacaran de allí. Taluha lo abrazó fuerte para calmarlo y transmitirle el poco calor que aún quedaba en su propio cuerpo.

Cuando al fin se marchó el secuaz de Nemesio, Pelopincho y Coquito corrieron a abrir la cava. Al entornar la puerta se encontraron con cuatro cuerpos entumecidos por el frío y con el fuerte ruido de cuatro dentaduras que no podían parar de castañetear.

XIII

El monstruo vigila

El hospedaje siguiente no era mucho mejor que los anteriores, si se dejaba fuera el episodio de la cava. Con los cuerpos aún torpes por el frío, Obdulio los condujo a la trastienda de una venta de hortalizas. Era un sitio espacioso ocupado por centenares de cestas plásticas, algunas llenas de vegetales, otras ya vacías. Al entrar, Taluha tendió la mirada sobre un montón de hortalizas y frutas que no conocía, y se dijo a sí mismo que por nada del mundo se arriesgaría a probarlas. La oscuridad del sitio y el fuerte olor a humedad impactaron a los recién llegados. En el lugar se mezclaba el agradable olor a tierra de vegetales frescos traídos de los Andes con la acidez de las hortalizas en descomposición, capaces de producir un olor tan nauseabundo como el de la carne podrida.

Resignados, los muchachos entraron a su nueva y, esperaban, breve residencia. Estaban lejos de saber que permanecerían allí bastante más tiempo que en las anteriores guaridas.

Convertido sin proponérselo en líder del grupo, Taluha los animó a levantar una especie de muro, con cestas repletas de

tomates, al fondo del local. Detrás de ese muro, prepararon lo que por economía llamaremos la habitación de los cuatro. Cubrieron el suelo con estibas hasta formar una plataforma para que les evitara la desagradable humedad del piso. Esa misma plataforma, cubierta con algunos cartones, les serviría para descansar. Se habían acostumbrado tanto a la incomodidad, que aquel rincón terminó pareciéndoles cálido y acogedor.

Otra cosa era el fuerte olor de las cestas vacías. En realidad, esas cestas nunca se desocupan del todo; siempre hay en ellas algún remanente: hojas de lechugas, tomates espichados, frutas fermentadas... Un largo inventario de materia orgánica que poco a poco se disuelve llenando el ambiente de olores ácidos. El olfato de quienes allí trabajaban ya no era capaz de percibir la pestilencia y suponían, seguramente, que lo mismo sucedía con sus novísimos huéspedes.

Varias semanas de mudanzas llevaba el cuarteto de Taluha, e Isabel María se estaba quedando sin sitios donde esconderlos. Tendrían que pasar en la venta de hortalizas varios días y era necesario extremar las precauciones. Entonces Isabel María decidió limitar las visitas que Obdulio, Pelopincho y Coquito les hacían para llevarles provisiones. En algunos momentos escaseó la comida y los muchachos llegaron a sentir el rigor del hambre y la sed. Empujado por la necesidad, a pesar de su propósito de no probar nada de esas extrañas verduras, Taluha terminó no solo consumiéndolas él mismo, sino que animó a los otros, y especialmente a Choricito, para que comieran de lo que tenían a mano. Cuando abandonaron el lugar, sabían que la yuca cruda produce fuertes dolores de estómago; que el apio española es excelente para calmar la sed; que la papa cruda es insípida y poco digerible; y que la zanahoria es tan dulce que al probarla se desea cada vez más.

El sufrimiento y la angustia, sin embargo, no provenían solo de los malos olores y el hambre. Los secuaces de Nemesio

hurgaban por todo el mercado buscándolos, y no era extraño verlos husmear cerca de donde se escondían.

Llegaron, en un par de oportunidades, directamente a la venta de verduras. Inventaban una excusa para cada visita; excusa innecesaria, pues todos sabían lo que buscaban y ellos no se esforzaban en ocultarlo. Era un protocolo de cortesías mutuas rayano en lo grotesco. Debían tener fundadas sospechas porque un día preguntaron abiertamente al dueño del local por los escapados. Mientras hablaban, señalaban repetidamente a la trastienda, pero no se atrevieron a entrar.

En el mercado rige un código de honor entre los comerciantes con el que nadie juega. Esos comerciantes están al tanto de quiénes son los carteristas; los que se dedican al robo de teléfonos y joyería; quiénes trabajan en pareja para, mientras uno distrae a su víctima, el otro le vacía los bolsillos con manos de seda; y conocen bien, claro está, a quienes trafican con drogas. El código de honor impone que un comerciante nunca denuncie a un delincuente. A cambio, ningún delincuente toca nunca a un comerciante, a su mercancía o su dinero, a menos que quiera desatar una batalla campal. En el mercado, los compradores se buscan constantemente en los bolsillos para asegurar sus pertenencias mientras en los puestos de los comerciantes, sobre la mercancía, relucen grandes fajos de billetes que nadie sueña con tocar.

Los secuaces de Nemesio se conformaron con preguntar, gritar y amenazar pero finalmente se marcharon, para alivio de los muchachos que desde adentro oyeron toda la discusión con el corazón en la boca.

Pero Nemesio estaba lejos de rendirse. El asunto se le complicaba cada día y, aun sabiendo que los muchachos estaban cerca, no lograba dar con ellos. Isabel María había resultado más astuta de lo que inicialmente imaginó. Convencido de que la venta de hortalizas era el último escondite de su presa,

decidió dar un paso adelante y jugar su carta más arriesgada. Apostó a cuatro secuaces en las cercanías encargados de vigilar especialmente la ruta que llevaba al puesto Isabel.

El plan era sencillo: capturaría a Obdulio y obligaría a Isabel María a negociar el rescate de su hijo. El precio sería, claro está, la entrega de Taluha. A los otros tres los quería también, pero como bono extra en esa transacción comercial que le propondría. Conociendo la historia de Eliecer, el hijo mayor de Isabel María, y el modo como esta se preocupaba por Obdulio, calculó que aceptaría su propuesta de inmediato.

Poco tardaron los cuatro enviados en distinguir a Obdulio que caminaba tranquilamente hacia el mesón de su madre. Poca gente transitaba a esa hora por el lugar; no había, pues, necesidad de ocultar el propósito que traían. Obdulio percibió el peligro en cuanto los vio, pero ya estaba demasiado cerca como para intentar la huida.

El sitio elegido podía ser fácilmente controlado por los cuatro delincuentes. Se habían ubicado de forma que Obdulio no tuviera oportunidad de evadirlos. Ya lo tenían rodeado tan cerradamente que a Obdulio le bastaba extender el brazo para tocar a cualquiera de ellos. Con los nervios de punta, el cerebro del muchacho trabajaba febrilmente buscando alguna salida. Enfrentar a los cuatro sujetos era una locura que solo le ganaría uno o dos ojos morados. Intentar alertar a otras personas era igualmente inútil; solo de tanto en tanto pasaba alguien apresurado e indiferente. Además, Obdulio sabía que, aun llamando la atención de algún transeúnte, cuando este viera la clase de compañía con la que estaba se alejaría presuroso en vez de ayudarlo.

Se resignó a dejarse arrastrar hasta donde quisieran llevarlo. Y entonces una sonora carcajada resonó en algún pasillo cercano, una risa estruendosa seguida por un fuerte parloteo en *wayuunaiki*. Como si un mago produjera de la nada

una maravillosa aparición, un grupo de mujeres *wayuu* surgió de un corredor lateral para enfilarse exactamente hacia el sitio donde los delincuentes acorralaban a Obdulio. Se trataba de unas diez mujeres que, vistas a escasos quince metros de distancia, parecían una mancha multicolor creada por los matices ondulantes de sus mantas. Mujeres fornidas las más de ellas, casi todas con el rostro cubierto por esa mixtura de achiote que usan las *wayuu* para protegerse el cutis del sol indomable de La Guajira. Venían cargadas con grandes fardos de mercancía que parecían sobrepasar su capacidad física, todas, sin embargo, se movían ligeras como si el equipaje contuviera solo aire.

Una de las mujeres reconoció a Obdulio de inmediato, aunque pareció no darse cuenta del aprieto en que se hallaba. Con la misma alegría que animaba a todo el grupo, la mujer preguntó a Obdulio por Isabel María. Un chispazo sacudió el cerebro del muchacho, y sin saber a ciencia cierta si sus captores entendían el *wayuunaiki*, respondió con la mayor calma posible:

—Mi mamá está esperándote desde ayer.

Obdulio no supo si la amiga de su madre llegó a percibir la desesperada situación en la que se hallaba; lo cierto es que, encantada con la idea de ver a Isabel María, la mujer dijo algo inaudible a sus acompañantes. Como si fueran una sola persona, cambiaron de dirección, pasaron en medio de los cuatro delincuentes y, cual esponja gigante y movediza, absorbieron a Obdulio que se dejó llevar mansamente mientras miraba burlón el rostro sorprendido de sus captores. Sin atinar a nada, los bandidos vieron cómo la mancha multicolor y risueña se alejaba arrebatándoles al muchacho de las manos.

XIV

Shawantama'ana

A Isabel María no le hizo gracia lo que le contaron. Con solo imaginar el secuestro de Obdulio, un escalofrío le subía como una serpiente a lo largo de la espina dorsal hasta morderle el cerebro. Mantenía su compromiso con los perseguidos y tenía perfecta conciencia del peligro que los acechaba, pero cuando se trataba de sus hijos, toda su humanidad se sacudía hasta la raíz como un árbol frente al huracán.

Pero no abandonaría a sus protegidos. Sí, debía cuidar más a Obdulio, pero no a costa de esos otros pequeños que, al fin y al cabo, eran también hijos suyos. Observada por Obdulio, Pelopincho y Coquito, se quedó pensativa por un buen rato. Se había levantado de su silla pero sin moverse del sitio. Parecía como si sus pies estuviesen clavados en los treinta centímetros de suelo que ocupaban. Miró lejos, después respiró profundo y su voz salió oscura y suave a un tiempo.

—Esos muchachos deben irse a La Guajira sin perder otro día. Inventaremos la manera de sacarlos del mercado a escondidas de Nemesio y los llevaremos a *Shawantama'ana*.

Todos estuvieron de acuerdo con la propuesta, pero a nadie se le escapaba la dificultad de llevarla a cabo. Pelopincho miró a Obdulio con ojos de duda y este se encogió de hombros para mostrar que él tampoco tenía idea de cómo llevar a cabo una misión como esa. De hecho, ni siquiera Isabel María estaba segura del camino a seguir para que los cuatro fugitivos abandonaran, de una vez por todas, el Mercado de las Pulgas.

Shawantama'ana está en el extremo norte de Maracaibo, a un costado de la carretera por donde se llega a la frontera con Colombia. En ese límite entre los dos países, la península de La Guajira deja de identificarse como venezolana y comienza a llamarse colombiana.

El camión que trajo a Taluha hasta Maracaibo debió pasar a escasos doscientos metros de *Shawantama'ana*, pero es imposible ver el sitio si los vehículos no dejan la avenida principal y se internan brevemente en el barrio Chino Julio, llamado así porque, hasta hace poco, los *alijuna* de Maracaibo llamaban chinos a todos los *wayuu*.

Shawantama'ana es una inmensa explanada de asfalto con una pequeña construcción, a la vez oficina y vivienda, en uno de sus extremos. Allí llegan los camiones que transportan pasajeros y mercancías a todos los poblados de La Guajira.

En los días de descanso, *Shawantama'ana* es un solar vacío cercado por una malla de acero que el viento y el silencio atraviesan impunemente. Pero el resto de la semana, y especialmente los domingos, parece como si de la aridez del asfalto germinara gente, mercancías y toldos con una profusión que no igualaría ni la más fértil primavera.

En esos días, el personaje principal es esa especie de autobús artesanal en el que los *wayuu* se desplazan desde y hacia La Guajira. Grandes camiones reformados para transportar en largos bancos de madera un gran número de pasajeros y su equipaje: desde alimentos hasta animales.

Son camiones extraordinariamente altos, pues de otro modo no cruzarían las ciénagas, los arenales y los profundos baches de los *wopu* de La Guajira.

Isabel María sabía cómo llevar a sus protegidos hasta *Shawantama'ana*. El problema estaba en sacarlos del Mercado de las Pulgas sin ser vistos por las decenas de ojos de los que Nemesio disponía en cada rincón y en cada pasillo.

Pelopincho y Obdulio fueron los encargados de comunicar a Taluha la intención de sacarlos de allí cuanto antes y el obstáculo de no saber cómo. Taluha, con la mirada puesta en el suelo, se quedó pensativo por largo rato.

—Yo sé lo que hay hacer —dijo finalmente. Y bajando la voz se llevó a Pelopincho hasta un rincón donde se estuvieron cuchicheando mientras todos los miraban intrigados.

—Mañana cerca del mediodía —dijo cuando ya Pelopincho y Obdulio estaban por irse.

—Está bien —respondió Pelopincho, y se fueron.

El de Taluha era un plan sencillo y por eso mismo difícil de adivinar. Pelopincho debía buscar a cuatro amigos suyos que trabajaban descargando los camiones refrigerados donde transportan la carne. Isabel María, por su lado, se pondría de acuerdo con uno de sus colaboradores para que actuara como comprador de hortalizas y frutas al por mayor.

Los cuatro elegidos por Pelopincho eran extraordinariamente fornidos y capaces de cargar en sus hombros medias como si se tratase de una paloma mensajera. Los cargadores de carne usan largas botas blancas de hule y un delantal, también muy largo, que les cubre casi todo el cuerpo. Esa indumentaria no servía para los planes de Taluha. Se vistieron, a pedido de Pelopincho, con su ropa de trabajo más vieja y usada y se calzaron cotizas guajiras, que son un pedazo de neumático, cortado más o menos con la forma del pie, sobre el cual se teje, con hilo de algodón, una especie de sandalia.

Esas cotizas son el calzado más usado por los *wayuu* y también por muchos *alijuna*.

La indumentaria que Pelopincho había indicado a sus cuatro amigos era, además, la indumentaria más común de los obreros del mercado. De acuerdo con el plan de Taluha, los cuatro portadores de carne, transformados ahora en cargadores de hortalizas, llegarían a la verdulería como empleados del amigo de Isabel María. De ese modo no levantarían sospechas en los secuaces de Nemesio que rondaban el lugar. Cuando llegaron a recoger lo que su supuesto patrón había comprado, el despacho ya estaba listo: cuatro grandes cestas repletas hasta el tope de lechuga, pero inusualmente pesadas. Debajo de la lechuga, acurrucados dentro de cada una de las cestas, iban Taluha, Ramón, Juvencio y Choricito. A Ramón y a Taluha, por ser más grandes, les tomó horas de práctica y repetidos intentos encogerse lo suficiente para acomodarse al tamaño de las cestas. Juvencio y Choricito, en cambio, entraron sin problema y sus cestas, se comprende, pesaban mucho menos que las otras dos. Lo cierto es que ninguna de las cuatro cestas la hubiera podido cargar uno de los verdaderos empleados del negocio; y si hubieran optado por transportarla entre dos, habría llamado la atención de los delincuentes que se necesitaran tantas manos para llevar una cesta de lechuga.

Los portadores de carne, en cambio, levantaron las cestas como si en verdad contuvieran solo lechuga, y aún les quedaba fuerza para, mientras se alejaban, hacer chistes entre ellos. A nadie le pasó por la mente que en tan inusual medio de transporte viajaban las cuatro personas más buscadas, durante semanas, en el inmenso Mercado de las Pulgas.

La carga de lechuga fue depositada en una camioneta donde podían verse otras cestas vacías con la que se pretendía hacer aún más creíble la ilusión de que se trataba de un transporte común y corriente de vegetales.

Los que estaban bajo la cobija de lechuga escucharon alegres el ruido del motor al ponerse en marcha, y un suave balanceo les anunció que la camioneta abandonaba el mercado donde quedaba buena parte de su infancia.

Del asfalto caliente manaba un espejismo donde se diluía, en la distancia, el gigantesco mercado. Con las cabezas asomadas por encima del manto de lechuga, los cuatro fugitivos lo vieron convertirse en un punto apenas perceptible en el horizonte.

En *Shawantama'ana* los esperaba el camión elegido por Isabel María para el viaje a la Alta Guajira. El dueño, un amigo suyo ya viejo y enfermo, había dejado el negocio en manos de dos sobrinos. «Puedes confiar en ellos como si fuera yo mismo», le había dicho.

Shawantama'ana es un sitio de paso, de llegadas y partidas. Allí se cruzan centenares de personas, casi todos *wayuu*, que entran o salen de Maracaibo. Vienen de todos los rincones de La Guajira, sin que los interrumpa la frontera establecida entre Venezuela y Colombia, que para ellos no es más que un invento de los *alijuna*.

Con tanto movimiento, Pelopincho y Obdulio temían la presencia inadvertida de algunos secuaces de Nemesio. Taluha, en cambio, totalmente despreocupado del peligro y olvidado de la necesidad de ser precavido, se sentía en su ambiente. *Shawantama'ana* era para él una extensión de La Guajira. Disfrutaba, sin tener plena conciencia de ello, del tono agudo de las conversaciones en *wayuunaiki* que le llegaban por los cuatro costados. Se enceguecía con las coloridas mantas de las mujeres que a grito limpio instruían a los choferes dónde y cómo marcar sus encomiendas; insistían en la precisión de los nombres y el lugar de destino: «Esta para Juan Fernández en Nazareth y esta para Olimpia Montiel en Karasúa; esta para Camila González en Siyupajá y esta para...». Y así porfiaban hasta darse por satisfechas.

Bajo un sol capaz de evaporar un océano, Taluha se desplazaba feliz de un sitio a otro. Iba desde la mesa de la mujer que por un módico precio redacta cartas para familiares lejanos, hasta la improvisada barbería donde se alisa y empareja, en lo posible, el pelo indomable de los *wayuu*; desde el tinglado donde un par de mujeres vende *friche*, la olorosa fritura de vísceras de ovejo, hasta la caja refrigerada llena de botellas de refresco increíblemente frías.

Pero todo tiene un límite. La mano pesada y fuerte de Obdulio paró en seco la alegría risueña de Taluha y con gesto de preocupación le señaló algo a su derecha: tres hombres lo miraban con inusual insistencia.

«Tal vez sean solo viajeros como nosotros y se dirigen a La Guajira», se dijo Taluha para no tener que deshacerse de la alegría que lo embargaba. Su esperanza duró poco. Apenas se anunció la partida de la caravana, los tres sospechosos se dirigieron al mismo vehículo donde viajaban los escapados, y viendo que no quedaban puestos disponibles, amenazaron al chofer para que les hiciera espacio. Se vieron en la necesidad de convencer a algunos pasajeros para que accedieran a viajar en otro camión.

Pelopincho, Obdulio y Taluha presenciaron la actitud guapetona y amenazadora con la que los tres ocuparon el último asiento del camión, desde donde podían vigilar a su gusto al resto del pasaje.

A Pelopincho y Obdulio les preocupaba lo que pudiera suceder una vez emprendido el viaje. Ninguno de los dos albergaba dudas acerca de la misión encomendada a esos tres personajes, pero ya no había tiempo para idear un plan que les permitiera conjurar el peligro.

Un estruendoso toque de bocinas, los gritos de los cargadores y los últimos adioses entre pasajeros y familiares anunciaron la partida. Los cuatro camiones se pusieron en marcha y en poco tiempo Taluha perdió de vista a sus amigos.

XV

Peligroso viaje a casa

Estaban solos frente al peligro y Taluha lo sabía. Aunque Ramón tenía más edad, le faltaba chispa y decisión para lidiar con semejante atolladero. Los otros dos, Juvencio y Choriculto, eran demasiado jóvenes para servir de alguna ayuda. Taluha decidió que no valía la pena comunicarles siquiera la gravedad de la situación.

Iniciada la marcha, los delincuentes no ocultaron más sus intenciones y comenzaron a hacer gestos amenazadores. Apuntaban con una mano a Taluha mientras deslizaban la otra, como si fuese un cuchillo, de lado a lado por su propio cuello para indicarle al muchacho que estaba acabado y debía rendir cuentas por la supuesta traición a Nemesio. Simulaban también disparar con una pistola imaginaria y luego soplaban el humeante cañón invisible. Todo esto acompañado con una sonrisa entre irónica y cruel que le ponía la carne de gallina al pobre Taluha. Sentían, en fin, que el reducido espacio del camión era una especie de calabozo del cual no había posibilidad de escape, por lo que los cuatro fugitivos estaban completamente a su merced.

Todo se reducía ahora a esperar la ocasión propicia para atraparlos y llevarlos de vuelta a Maracaibo. Ese momento llegaría en las últimas etapas del viaje, cuando quedaran pocos pasajeros en el camión y el camino los hubiera conducido a los caseríos más remotos y despoblados de la Alta Guajira. Allí no habría testigos ni quien estuviera dispuesto a impedir la captura de los muchachos.

Adivinando la intención de los malhechores, Taluha quiso trazar su propio plan para escapar del incierto futuro que les esperaba. Sopesó la posibilidad de saltar del automotor con sus amigos en algún punto del camino, pero desechó la idea de inmediato. No sabía de nadie dispuesto a socorrerlos en los poblados cercanos a Maracaibo. Probablemente, a los delincuentes les resultase más fácil encontrar allí cómplices listos para darles una mano con la ansiada captura.

Como segunda opción, pensó en conseguir ayuda con los guardias destacados en el puente sobre el río Limón, donde llegarían pronto. En esa alcabala revisan los vehículos que transitan hacia Maracaibo o hacia la frontera con Colombia; tal vez podría aprovechar la parada para alertar a los militares sobre el peligro que corrían. No era un mal plan, pero no podía estar seguro de poderlo llevar a cabo. Al fin y al cabo, reflexionó, sus perseguidores conocían la ruta mejor que él y seguramente habrían tomado precauciones para evitar que tuviera éxito un plan como el suyo. Si nada lograba en la alcabala, una vez cruzado el puente sobre el río Limón y con la caravana adentrándose en los desérticos parajes de La Guajira, estarían, sin remedio, a merced de los facinerosos.

Tenía que haber otra salida y estaba en la obligación de encontrarla. Miró a su alrededor escudriñando con cuidado a cada uno de los pasajeros. La solución a sus problemas quizás no estaba fuera del camión, sino dentro del propio vehículo.

En los duros asientos de madera dispuestos para los pasajeros, viajaban unas veinte personas. Taluha escrutó cada rostro visible. Muchos eran tan ancianos que pretender alguna ayuda de ellos era inútil. Viajaba, además, una media docena de niños y otros adultos de distintas cataduras que nada le decían.

Posó la vista, por fin, en dos mujeres que conversaban totalmente abstraídas de su entorno. Sin saber muy bien porqué, las dos mujeres, ambas de mediana edad, le inspiraron suficiente confianza para acercárseles. No le pareció prudente, sin embargo, hablarles de buenas a primera de su situación y la de sus compañeros. Se les acercó con un saludo como quien solo tiene interés en conversar. Las dos mujeres resultaron ser afables y comunicativas. Iban a Karaunairru, un caserío a poco más de media hora de Castillete; una distancia lo bastante corta como para que al menos una de ellas conociera, aunque fuese de oídas, a sus parientes. Contó, en algún momento de la conversación, que él era de Castillete y vivía allí con sus tíos Isho, Rusaria y Sermira.

Para su sorpresa las dos mujeres exclamaron casi al unísono:
—Claro, tú debes ser Taluha. Tu *a'laülaa* te buscó por mucho tiempo y por todas partes cuando desapareciste.

No pudo evitar sonrojarse de vergüenza pensando en la preocupación y el dolor que su partida había provocado en la familia.

Ambas mujeres conocían a Isho, pero con Rusaria y Sermira tenían una relación mucho más estrecha. Solían ir juntas hasta el vecino Maicao, en Colombia, a comprar hilos para sus tejidos; y se reunían con frecuencia en el solar de alguna casa para entretenerse conversando mientras tejían chinchorros.

—Yo soy Albertina —se presentó la de más edad— y ella es Ana.

Enterado de tan favorable coincidencia, Taluha sintió que podía confiarles su situación y les contó en detalle lo hasta allí sucedido y el grave peligro que ahora corrían él y sus amigos.

Mientras lo escuchaban con interés, y como si se hubiesen puesto de acuerdo, ambas mujeres resistieron el natural impulso de voltear la cabeza para mirar hacia el último banco del camión. A juzgar por la tranquilidad de los rostros y la postura de las dos amigas, nadie sospecharía que acababan de enterarse de un hecho tan peligroso para el indefenso cuarteto.

—No te preocupes —dijo Ana con actitud despreocupada—, nunca abandonaríamos a un sobrino de Rusaria y de Sermira. —Y mientras Ana hablaba, Albertina desocupaba el banco de las pertenencias de ambas para que los fugitivos se sentaran con ellas.

Taluha se sintió un poco más seguro. Entendía, sin embargo, que el peligro aún se cernía sobre ellos y que los enviados de Nemesio no se iban a detener frente a dos mujeres de aspecto más bien frágil e indefenso.

La alcabala de la Guardia Nacional en el puente sobre el río Limón es la más ardua entre Maracaibo y La Guajira. Por la cercanía de la frontera con Colombia, los militares revisan allí minuciosamente cada vehículo buscando contrabando.

Cuando parten de *Shawantama'ana*, los caravaneros saben que allí perderán un rato largo y se disponen a enfrentar la situación con el mejor y más paciente de los ánimos.

Mientras llega el turno de revisar el camión donde viajan, la mayoría de los pasajeros baja del vehículo y aprovecha para conversar con conocidos de los otros camiones de la caravana, calmar la sed o comprar algo para comer a los vendedores ambulantes que revolotean alrededor de los vehículos.

Más allá de eso, no es mucho lo que se puede hacer: quizá caminar un poco o protestar por cualquier evento que

consideren un atropello de los militares contra cualquiera de la caravana.

En el grupo de Taluha, las dos mujeres parecían un par de gallinas cuidando de sus polluelos y se esforzaban para que ninguno se alejara de ellas.

Taluha, sin embargo, no había olvidado su proyecto original de denunciar a sus perseguidores con los guardias de la alcabala. Fingiendo haber visto a un conocido, se evadió de la mirada protectora de Albertina y Ana y se dirigió tan rápido como pudo a la cabecera de la fila de vehículos donde se concentraban los militares. Su carrera duró muy poco. Frente a él, a escasos veinte metros de distancia, los tres temidos personajes, simulando no haberlo visto, bloqueaban el camino. Habían planeado que Taluha llegara hasta ellos sin notar su presencia; de ese modo les hubiera sido fácil atrapararlo, meterlo a la fuerza en algún vehículo y regresarlo a Maracaibo.

Por pocos segundos, Taluha, desorientado y temeroso, fue incapaz de moverse. Miró a los costados esperando encontrar un modo de evadir la barrera humana que bloqueaba su camino e intentar llegar hasta los guardias. Pero no había forma de sobrepasar a los malhechores. Sintiéndose descubiertos, los tres individuos avanzaron hacia Taluha en un intento por no desaprovechar la oportunidad de apresarlos. No había alternativas, el muchacho dio media vuelta y corrió a toda velocidad hasta su camión donde lo esperaban Albertina, Ramón, Juvencio y Choricito. Misteriosamente, Ana había desaparecido.

Las bocinas señalaron el momento de la partida y los cargadores animaron a los pasajeros a tomar sus sitios. Los del grupo de Taluha buscaron a Ana llenos de angustia y luego, sin poder hacer otra cosa, subieron cabizbajos al vehículo. Una inconsolable Albertina lloraba imaginando a Ana sola en medio en la ruta, sin poder continuar el viaje.

Cuando nadie lo esperaba, con el camión ya en movimiento, Ana surgió de la nada corriendo a un costado del vehículo, haciendo un gran esfuerzo para mantenerse a la par y tratar de abordarlo. Para su fortuna, uno de los cargadores le tendió la mano y, levantándola en peso, la depositó suavemente en su asiento.

Ana contó, después de recuperar el aliento, que se había topado con unos conocidos y en medio de la conversación no escuchó los bocinazos que anunciaban la partida. Albertina no cesaba de refunfuñar mientras Ana se recuperaba del esfuerzo. El bamboleo del vehículo y la brisa desprendida del ya cercano mar Caribe serenaron los ánimos. Recorridos unos diez kilómetros, ya nadie recordaba el pequeño incidente con Ana.

No se puede estimar con exactitud la duración del viaje entre el río Limón y Castillete. Depende de las condiciones de la carretera, de eventuales revisiones en alcabalas móviles dispuestas en la vía, de algún accidente provocado por las decenas de burros salvajes que por allí deambulan y, en fin, de cuanto tarde la descarga de pasajeros, equipajes y encomiendas en cada caserío de la ruta.

En esta ocasión, siete horas demoraron en llegar a Castillete. En cada parada, los tres delincuentes descendían entre los primeros, esperaban hasta que el último pasajero de esa estación abandonara el vehículo y la última encomienda descansara en manos de su destinatario; después, asegurándose de que Taluha aún permanecía a bordo, volvían a subir y el viaje continuaba.

Taluha se hacía el desentendido, pero lo cierto es que no paraba de temblar de miedo.

Buscando siempre una vía de escape, intentó recordar en detalle el sitio donde les tocaría apearse. Ninguna de las casas de gente conocida distaba menos de cien metros de la parada.

Llegarían de noche cerrada, por lo que no habría ser vivo en los alrededores. En esos casos, incluso las encomiendas suelen dejarse en un lugar previamente acordado. Los destinatarios las recogerán al día siguiente, seguros de encontrarlas en el sitio tal como las dejaron los transportistas.

Así, pues, el panorama no podía ser más oscuro a los ojos de Taluha. Miró a Albertina y a Ana buscando algún consuelo. Las dos mujeres dormían a pierna suelta, tan tranquilas y relajadas que en varias ocasiones sus ronquidos se escucharon por encima del ruidoso motor del Ford 750.

«Vaya protección la que encontré», se burlaba Taluha de sí mismo en medio del temor que lo invadía.

Llegaron a Castillete hacia las once de la noche. Tal como el muchacho había supuesto, la oscuridad era total. La única luz, la de los faros del camión, se dispersaba hacia los costados en una semisombra ocupada por la silueta de los arbustos que el viento sacudía fantasmalmente.

Era el momento de jugárselas todas. Los delincuentes, como en las paradas anteriores, bajaron no bien se detuvo el vehículo. Taluha intentaría descender por el otro lado del camión con la esperanza de no ser visto o de que no alcanzaran a atraparlos antes que emprendieran la carrera hacia la casa más próxima.

No pudo evitar sentirse traicionado por la tranquilidad de Ana y Albertina. Ninguna de las dos hizo el menor intento de moverse de su sitio para prestarles alguna ayuda.

Por señas, le indicó a Ramón que se le uniera con los dos más pequeños en el lugar donde él ya se disponía a saltar a tierra. Con horror y sorpresa, apenas un segundo antes de lanzarse de la plataforma, y con el cuerpo prácticamente en el aire, vio que los tres sujetos, adivinando su propósito, habían rodeado el camión y lo esperaban justo en el lugar donde debía caer.

Como si fuese un juego entre padre e hijo, Taluha aterrizó en los brazos de uno de sus captores y quedó allí inmovilizado y sin escapatoria. Asumiendo la derrota, el muchacho cerró los ojos y se resignó a su suerte. Se vio a sí mismo otra vez en el Mercado de las Pulgas, en la mayor miseria y condenado a trabajar indefinidamente para Nemesio. Imposible imaginar un futuro más trágico.

De pronto, el enérgico abrazo que lo aprisionaba comenzó a relajarse. Taluha tardó en tomar conciencia de lo que sucedía. El hombre que lo recibió al saltar del camión, y que hasta ese momento lo atenazaba hasta casi impedirle respirar, ahora lo empujaba para alejarlo de su lado, más con ansiedad que con violencia.

Voces femeninas iban y venían entre el camión y la penumbra de los matorrales, y varias siluetas se movían enérgicas detrás de los delincuentes. Sin comprender aún, Taluha aguzó la vista y pudo distinguir a su tío Isho y a otra media docena de hombres armados con machetes rodeando a sus ahora acobardados perseguidores. Desde el fondo de ese grupo surgían las voces de Rusaria y Sermira quienes en *wayuu-naiki*, y a pleno pulmón, saludaban a Ana y a Albertina, aún cómodamente instaladas en sus asientos.

Estimulados por el filo de los machetes encajados en las costillas, y completamente rendidos ante la superioridad del grupo de Isho, los hombres de Nemesio fueron llevados a una pequeña enramada apenas visible en la noche cerrada. Uno de ellos intentó una excusa, pero sus captores lo hicieron callar con un empujón. A partir de entonces, el miedo reflejado en los rostros sumió a los tres en un cruel silencio.

El chofer aceleró el motor un par de veces para anunciar la partida y arrancó a toda velocidad. En pocos segundos el vehículo se desvaneció entre la polvareda y las tinieblas.

XVI

En casa

No hubo tiempo para explicaciones esa madrugada. Todos, incluyendo al ahora curiosísimo Taluha, estaban agotados y el sueño les cerraba los ojos.

Las tías colgaron en la enramada cuatro hermosos chinchorros para los recién llegados. No habían probado bocado desde la mañana, pero ni siquiera eso les impidió caer de inmediato en un sueño profundo. Aliviados de la tensión y los temores del día, Taluha y sus amigos dormían inmóviles y felices.

El primero en despertar, antes del amanecer, fue Taluha. Corrió al chinchorro de Isho y se sentó en el suelo como para hablarle a su *a'laülaa* en el oído. Isho entreabrió lo ojos y con mirada divertida lo invitó a hablar. El sobrino le hizo un relato pormenorizado de su aventura en Maracaibo. Reconoció lo tonto que había sido al no escuchar sus consejos y terminó exponiendo el peligro que aún corría por la amenaza de Nemesio. Sabía que no dejaría de buscarlo aunque estuviera en La Guajira y hubiera sido capaz, hasta ahora, de burlar a sus emisarios.

Lo mataba, además, la curiosidad por saber cómo se había enterado Isho de su llegada; cómo supo del peligro que corría para presentarse allí, con el grupo de hombres armados, y salvarles de caer en manos de los delincuentes.

Isho sonrió con picardía. Sabía que la curiosidad no le daría paz a su sobrino si no se enteraba de todos los detalles del rescate.

—Todo lo hicieron las mujeres —dijo, divertido por la expresión de estupor que se dibujó en el rostro del muchacho—. Ana, una de las amigas de tus tías habló en la alcabala del río Limón con otra mujer que viajaba en una camioneta y le suplicó que nos diera aviso tan pronto llegara aquí. Tú sabes, una camioneta es más rápida que un camión y no hace tantas paradas. Antes de las siete de la noche ya sabíamos de tu regreso y de la amenaza que pendía sobre tu cabeza. Pedí ayuda a mis amigos y nos apostamos entre los matorrales a esperar. Eso te explicará porqué Ana y Albertina te parecieron tan tranquilas. Sabían que las noticias nos llegarían con tiempo suficiente para prepararnos y además no querían alertar a los secuaces de Nemesio.

Oyendo a su *a'laūlaa*, la memoria de Taluha rescató rauda los eventos de la alcabala del río Limón: la angustia de Albertina por considerar perdida a su amiga y la repentina aparición de Ana en el último momento, cuando la caravana se ponía en marcha. Ana refirió entonces el encuentro con amigos, pero no dijo una palabra del plan que había urdido. «Le habrá contado luego a Albertina», se dijo Taluha, con un poco de vergüenza por no haber sospechado nada de lo ideado por las dos amigas para salvarlo a él y a los otros.

—¿Qué sucedió con los hombres de Nemesio? —se atrevió a preguntar temeroso de recibir la peor de las respuestas.

—Nada —respondió Isho—, los tenemos a buen resguardo. Esos tres son nuestra carta para acordar con Nemesio que

deje de perseguirte. Hay que lograr que no te sigan buscando. Algún día la ley se encargará de acabar con el negocio maldito que le sirve a gente como Nemesio para enriquecerse, pero mientras eso sucede yo debo alcanzar con ellos una paz que nos permita vivir sin sobresaltos. No quiero pasar los días temiendo que desaparezcas de nuevo y esta vez no por tu propia voluntad. Hoy mismo hablaré con un palabrero para que vaya a Maracaibo. El *putchipú* puede aclarar las cosas. Si Nemesio piensa que tú robaste el paquete, el *putchipú* lo hará entender que si quiere recuperar su mercancía no es a ti a quien debe buscar, sino a los ladrones que te la quitaron. Si está de acuerdo, le enviaré además de regreso a sus tres hombres. Descansa —dijo finalmente—, yo me encargo de arreglar ese asunto.

Por un instante, Isho estuvo tentado de hacerle a su sobrino un largo discurso, entre regaño y consejo, acerca de lo ingenuo que había sido al caer en el señuelo de los traficantes. Pero, viendo la cara a un tiempo de felicidad y cansancio de Taluha, se quedó callado. «Ya está aquí sano y salvo —pensó—, ¿qué más se puede pedir?».

—Regresa a tu chinchorro —le ordenó—, aún es temprano y te conviene alargar el sueño para recuperar fuerzas.

Taluha asintió, pero antes de levantarse le habló a Isho de sus tres acompañantes. Ramón seguiría camino hacia algún lugar de Colombia a casa de sus familiares; Juvencio y Choricito, en cambio, no tenían adónde ir y Taluha no permitiría de ningún modo que regresaran a Maracaibo.

—Aquí nunca falta trabajo —dijo Isho—, podrán ganarse su comida. Basta que tú quieras que se queden.

Satisfecho con la respuesta, se puso de pie con el cuerpo aún adolorido por el largo viaje. No había terminado bien de enfundarse en el chinchorro cuando se quedó de nuevo profundamente dormido.

Horas después, al despertar, lo invadió el voraz resplandor del mar que ruge no lejos de la enramada.

Y oyó la voz áspera de su tío Isho:

—Arriba, Taluha, hay que llevar los chivos a pastar.

Índice

I		
Taluha		7
II		
Traficantes		11
III		
El <i>lapü</i> de Rusaria		17
IV		
Partida		19
V		
El viaje		21
VI		
Maracaibo		25

VII		
Compañeros		29
VIII		
A trabajar		33
IX		
Un trabajo peligroso		37
X		
El peligro siempre acecha		41
XI		
Isabel María		45
XII		
Fugitivos		49
XIII		
El monstruo vigila		55
XIV		
<i>Shawantama'ana</i>		61
XV		
Peligroso viaje a casa		67
XVI		
En casa		75

Conspiración en el mercado

Se imprimió en el mes de octubre de 2021
en la Imprenta Bicentenario
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
Son 1.000 ejemplares

